
Un trabajo de relación. Observaciones sobre la historia oral¹

A work of relationship. Observations on oral history

Alessandro Portelli
(Università La Sapienza), Italia

1. La expresión *historia oral* es una especie de abreviatura de uso para referirse a aquello que más apropiadamente sería designado como uso de las fuentes orales en historiografía.² Se trata, en su forma más elemental, de agregar a la paleta de fuentes de las que el historiador puede valerse, también aquellas que suelen llamarse *testimonios* dados *oralmente* por parte de los protagonistas o participantes de los eventos sobre los que se investiga y registrados por el historiador. En este sentido, el concepto de *fuentes orales* se distingue del de *tradición oral*: ésta última se ocupa de formas verbales formalizadas, transmitidas, compartidas, mientras que las fuentes orales son narraciones individuales, no formalizadas, dialógicas (también pueden incluir elementos de la tradición oral)

Las fuentes orales, como todas las demás, están sujetas a los procedimientos comunes de la crítica historiográfica para determinar la fiabilidad y utilidad, nada más ni nada menos que como con los documentos de archivo. Pero el pasaje de fuente oral a historia oral implica transformaciones más relevantes. Significa, de hecho, tratar estas fuentes no como material adicional, complementario de fuentes más “canónicas”, sino más bien configurar otro tipo de labor historiográfica sobre la centralidad de las fuentes orales.

¹ Alessandro PORTELLI «Un lavoro di relazioni: osservazioni sulla storia orale», in “www.aisoitalia.it”, n.1, gennaio 2010, URL: <http://www.aisoitalia.it/2009/01/un-lavoro-di-relazione/>. Traducido por Mariela Canali, año 2018.

² Gianni BOSIO “Fonti orali e storiografía” en *L’intellettuale rovesciato*. Milán, Ediciones Bella Ciao, 1975, pp. 263-68.

Un trabajo de relación. Observaciones sobre la historia oral.

Efectivamente el uso crítico de las fuentes orales implica procedimientos y actitudes diversas que derivan del proceso diferente de formación de la fuente.

A diferencia de la mayoría de los documentos de los que se vale la investigación histórica, las fuentes orales no son encontradas por el historiador, sino construidas en su presencia, con su participación directa y determinante. Se trata, por tanto, de una fuente relacional en la que la comunicación se produce bajo la forma de un intercambio de miradas (entre/vista) de preguntas y respuestas, no necesariamente en una sola dirección. La agenda del historiador se entrelaza con la agenda del narrador: lo que el historiador desea saber puede no coincidir enteramente con lo que las personas entrevistadas desean contar. El resultado es que la agenda de la investigación puede ser radicalmente transformada por este encuentro: me ha sucedido sistemáticamente de tener que no sólo ampliar el contexto de la investigación sino transformar también el punto de vista gracias al impacto de los narradores. Por ejemplo, partiendo de una investigación sobre el movimiento obrero en Terni entre 1949 y 1953 he terminado escribiendo una historia de la ciudad que comenzaba en 1831, porque muchos narradores insistían en relacionar los eventos que me interesaban con el origen de su historia y de la historia de la ciudad y me convencí de que tenían razón.³

Aún más: incluso bajo el argumento de la investigación, no está para nada dicho que las preguntas que el historiador tiene en mente sean las pertinentes. Por eso el trabajo con las fuentes orales es en primer lugar el *arte de escuchar*, que va más allá de la entrevista abierta. A menudo está más allá de lo que los interlocutores consideran como los límites de la entrevista y los conocimientos más impredecibles emergen en términos de relevancia. En el curso de mi investigación sobre la memoria de las Fosas Ardeatinas en Roma, yo había cuestionado cómo los miembros de la familia de los asesinados habían elaborado el duelo y conducido su propia existencia después de la masacre. Pero fue solo por casualidad que, en una entrevista ya terminada, escuché la peor historia. Había entrevistado a Ada Pignotti, que a los 23 años había perdido al marido y otros tres parientes en las Fosas Ardeatinas, y me había contado su vida desde ese momento, hasta hoy. Para ambos el discurso prácticamente había terminado, estábamos charlando y ella me hablaba de las infinitas y humillantes lentitudes burocráticas por las que tenía que pasar para obtener una mísera pensión. Después, casi de pasada, añadió “ Porque adónde iba, se sabía que yo había perdido a mi marido- yo y las otras, las otras mujeres - entonces todos buscaban lo que querían, hacían un discurso todo, hecho a su modo, porque, vaya a

³ Alessandro PORTELLI, *Biografía de una ciudad. Storia e racconto: Terni 1831-1985*. Turín, Einaudi, 1985.

saber: una estaba a disposición de ellos. Era una mujer, ya no tenía marido, entonces bien podía... ¿pero le parece? (...)”⁴ Al dolor, al duelo, a la pobreza - todos temas que esperaba encontrar- se agregaba ahora la ofensa casi indecible (como muestra la reticencia de la narradora) de las molestias sexuales que encontraban las viudas.

Afortunadamente, siguiendo un antiguo consejo de Gianni Bosio, si bien consideraba terminada la entrevista, había dejado encendido el grabador: el arte de escuchar se manifiesta también en no decir al entrevistado, con el simple hecho de apagar, que de ahora en adelante lo que dirá ya no nos interesa. El tema imprevisto de las molestias hizo irrupción en mi investigación y tuve el modo de verificarlo en este caso y en otras entrevistas. Ninguno me había hablado de ello antes y ninguno lo había hablado con otros por dos razones: la primera es que hasta hace poco tiempo ni los historiadores ni los narradores mismos consideraban que esta dimensión tan íntima pudiese constituir materia de relevancia historiográfica; en segundo lugar, porque nadie lo había preguntado.

2. De esto deriva, por tanto, que la historia oral es un arte, más allá de la escucha, un arte de la relación: la relación entre la persona entrevistada y la persona que entrevista (diálogo); la relación entre el presente en el que se habla y el pasado del cual se habla (memoria); la relación entre lo público y lo privado, la autobiografía y la historia; la relación entre la oralidad (de la fuente) y la escritura (del investigador).

Partamos de la primera. Una joven investigadora estaba realizando un proyecto de investigación sobre la experiencia de las mujeres que han tenido operaciones de cáncer de mama, me ha contado de una entrevista con una mujer anciana, viuda desde hacía poco tiempo, que había hablado de todo menos del tema de la entrevista, protegiendo su propia intimidad del deseo de saber de la investigadora, con el deseo de contacto tan importante para una persona sola. De casualidad (y a grabador apagado) la entrevistadora ha mencionado que ella también había tenido la misma experiencia. De golpe, la relación cambió (“ahora eres una de nosotras”) y fueron invertidas las relaciones de autoridad: de sentirse sujeta al poder escrutador de la investigadora, la mujer reasumió su autoridad generacional (“¡Eres una muchachita!”). Y el concepto de entrevista como intercambio de miradas tuvo una drástica revisión y radicalización en el momento en que las dos mujeres se mostraron mutuamente sus heridas.

⁴ A. PORTELLI, A. *La orden ya fue ejecutada*. Buenos Aires. FCE, 2003, Pág. 271

Un trabajo de relación. Observaciones sobre la historia oral.

“Eres una de nosotras”/ “Eres una muchachita”: un terreno común que hace posible hablar y también una diversidad que da sentido al acto de hacerlo. Sería un error pensar que es sólo la semejanza lo que permite expresarse al entrevistado, que funda la “confianza” en quien se debería fundar el diálogo. Por definición, de hecho, un intercambio de conocimiento tiene sentido sólo si éste no fue compartido a priori; si, es decir, existe una *diferencia* entre entrevistado y entrevistador, que haga significativo el intercambio (en este caso, generacional).

Por ejemplo, en una investigación realizada en 1990 con un grupo de estudiantes, sobre la memoria histórica de los estudiantes de mi facultad, noté que frecuentemente el hecho que entrevistados y entrevistadores fuesen la misma figura social terminaba por paralizar el diálogo (“¿por qué me preguntás estas cosas? ¡Si ya las sabés!”), mientras que otras veces, cuando era yo quien entrevistaba, la diferencia jerárquica entre el profesor entrevistador y el estudiante entrevistado no presentaba dificultad al narrador ya que podían decir cosas a quien no las sabía (¿Pero no saben los profesores lo que piensan los estudiantes?”), y entonces la entrevista se hacía significativa.⁵ Y quizás el momento más alto de mi experiencia como entrevistador fue cuando – a mí, europeo, blanco, burgués, varón- una mujer negra, americana, proletaria, me dijo: “I don’t trust you” “No confío en vos”. Y continuó dos horas de apasionante y apasionada narración a explicarme por qué.⁶ Es el terreno común el que hace posible la comunicación, pero es la diferencia la que la hace significativa. Y el terreno común no debe necesariamente constituir una marca de identidad (de clase, de género, de ideología) pero puede ser delimitado, de hecho debe serlo, principalmente por la disponibilidad de escucha mutua, por la mutua aceptación. En otras palabras: es la disponibilidad del historiador a la escucha que creará dialógicamente la posibilidad de hablar al narrador. Y, naturalmente, es la disponibilidad del narrador a hablar lo que permite al historiador hacer su trabajo.

3. Pasamos ahora a la segunda relación, la que señalamos entre lo público y lo privado. Una de las razones de fondo por la que la historia sobre las molestias no había surgido antes, era que se percibía como una experiencia privada y entonces no pertenecía a la historia. De hecho habríamos buscado en vano sus rastros en las fuentes históricas habituales, en documentos de archivo o actas judiciales.

⁵ M. ARCIDIACONO *L'aeroplano e le stelle. Storia orale di una realtà studentesca*. Roma, Manifestolibri, 1994.

⁶ A. PORTELLI “C’è sempre un confine: memoria, storia, dialogo e racconto collettivo” en *La línea del colore. Saggi sulla cultura afroamericana*. Roma, Manifestolibri, 1994.

Las fuentes orales, por lo tanto, contribuyen a poner en discusión la distinción entre lo que es y lo que no es histórico. Por un lado está la dificultad de ambas partes en diálogo de escapar de las relevancias preconstituidas: el historiador tiene problemas para presentarse en territorios imprevistos de la experiencia del otro; el narrador tiene dificultad de reconocer la importancia de los propios acontecimientos personales y se protege por temor de ver cosas importantes para sí, evaluadas por interlocutores a los que no reconoce autoridad o importancia. Por eso el “No tengo nada que decir” es un clásico *incipit* de entrevistas, también por parte de personas que no sólo tienen mucho que contar sino que arden por hacerlo y tienen miedo de que su precioso relato sea despreciado.

Pero la relación entre los acontecimientos personales que forman la agenda del entrevistado y los acontecimientos que forman la agenda del entrevistador – la diferencia entre historias e Historia, podríamos decir- es uno de los motores del encuentro dialógico de la historia oral. El argumento esencial de la historia oral es la historicidad de la experiencia personal unida al impacto personal de los acontecimientos históricos. Es precisamente en el relato de cómo la Historia irrumpió en la propia vida (por ejemplo: los bombardeos, irrupción de la Historia en el espacio doméstico) o de cómo se fue al encuentro de la Historia (por ejemplo: las trincheras de la Primera Guerra Mundial, la campaña de Rusia en la Segunda...) donde está la esencia, el núcleo duro de la historia oral.

Un ejemplo es el trabajo de la memoria de las Fosas Ardeatinas: en ese lugar hubo una masacre colectiva, o 335 asesinatos *individuales*. En la memoria y en el duelo se entretajan la dimensión pública de la ceremonia y de la conmemoración, y la dimensión profundamente personal del duelo privado. El contacto frecuente genera disonancias: “Nosotros no decimos “las Fosas Ardeatinas”; decimos “Fui a llevarle flores a papá” ...En este monumento público donde están las tumbas de los familiares “Una nunca está sola”⁷. Y sin embargo la disonancia no se traduce en incompatibilidad: es propio de la memoria personal de los familiares de los muertos que obstinadamente mantienen viva la memoria pública e imponen a la ciudad y a las instituciones no olvidar.

No es casualidad que los ejemplos antes citados se refieran todos a la guerra – los bombardeos, las trincheras, Rusia- porque es precisamente allí donde en modo dramático y memorable, se han encontrado lo privado y la historia (Papá ¿qué has hecho en la guerra?)

⁷ A. PORTELLI *Las Fosas...*óp. cit.

Un trabajo de relación. Observaciones sobre la historia oral.

Es correcto que el grado cero de la historia oral, a partir de la escuela primaria, sean las entrevistas de los niños con los abuelos que han hecho la guerra (o el servicio militar) Y que sea casi imposible impedir a un entrevistado que hizo la guerra, que se ponga a contarlo. Pero se trata sobre todo de experiencias masculinas y ¿qué pasa con las mujeres? ¿Dónde está para ellas el encuentro memorable con la esfera pública?

Mientras trabajaba en la investigación de Terni, había dos tipos de narración que aparecían cuando transcribía las cintas: las historias de guerra de los hombres (me parecían demasiado obvias) y las historias contadas por las mujeres sobre la asistencia a sus familiares en el hospital (que me parecían muy privadas, poco “políticas”). Pero esta misma exclusión ha llamado mi atención sobre estos relatos femeninos. Me di cuenta de que, como para los hombres la guerra y el servicio militar, para las mujeres el hospital era el lugar donde salían de la casa, se enfrentaban al sufrimiento y a la muerte y sobre todo, se mezclaban con la esfera pública, con la organización, la burocracia, la tecnología, la autoridad, el Estado. En otras palabras, los relatos del hospital de las mujeres eran la contrapartida funcional de los relatos militares de los varones (sin olvidar, naturalmente, que muchas mujeres durante la guerra trabajan en los hospitales). La diferencia está en el hecho de que mientras los relatos de guerra se refieren a un acontecimiento cuya importancia histórica es ya reconocida, los del hospital parecen afectar sólo a la esfera personal y familiar y es sólo a través de la insistencia de las narradoras que los cuentan y las narraciones ya estructuradas que nos damos cuentas de su significado. En otras palabras, las fuentes orales no sólo nos permiten acceder a la historicidad de lo privado, sino que rediseñan la geografía de la relación entre lo privado y lo público.

4. La principal objeción a las fuentes orales de parte de una historiografía metodológicamente conservadora, se funda en la cuestión de la fiabilidad: no se puede dar fe a los narradores porque la memoria y la subjetividad “distorsionan” los hechos. Ahora bien, aparte del hecho de que esto no sucede siempre o necesariamente (por otra parte no podemos estar seguros de que no hay distorsiones graves, sea por otras razones, en los documentos de archivo) toda la historiografía oral más advertida ha planteado exactamente lo contrario: las fuentes orales son importantes y fascinantes precisamente *porque* no se limitan a testimoniar sobre los hechos sino que los elaboran y construyen un sentido a través del trabajo de la memoria y el filtro del lenguaje.

Cuando trabajamos con las fuentes orales, por tanto, debemos relacionar tres hechos distintos: un hecho del pasado, el evento histórico; un hecho del presente, esto es

el relato que nos hace el entrevistado; y un hecho de relación y de duración, esto es el vínculo que existe y que ha existido entre estos dos hechos. Por eso la labor del historiador oral incluye la historiografía en el sentido estricto (la reconstrucción del pasado), la antropología cultural, la psicología individual, la crítica literaria (el análisis e interpretación del relato) y la aplicación de la segunda sobre la primera. La historia oral es por tanto historia de los hechos, historia de la memoria y revisión de los hechos a través de la memoria.

La memoria, de hecho, no es un mero depósito de datos del cual recuperar información, sino un proceso en continua elaboración de la forma. En nuestros años de discusión sobre la identidad de la república y de revisionismo historiográfico, la historia de la memoria deviene significativa y necesaria para la historia de los acontecimientos – que podríamos pensar se transforman o vienen reconocidos sólo a través de la operación de otorgarles un sentido, hecha por la memoria que selecciona algunos eventos en la inmensa e informe masa de los hechos cotidianos.

Pongo dos ejemplos. El primero, que es el que me ha llevado al camino de la historia oral, fue el descubrimiento casual de que en Terni casi todos los narradores contaban un evento traumático –el asesinato del obrero Luigi Trastulli en 1949 durante una protesta contra la OTAN- como si hubiese ocurrido durante los enfrentamientos que tuvieron lugar en 1953 después de los tres mil despidos en las acerías. Un caso de manual de la poca fiabilidad de la memoria: los documentos que había visto demostraban que el hecho había ocurrido en 1949 y no en 1953. ¿Entonces por qué este error tan difundido?

Indagar sobre el recuerdo equivocado, especialmente cuando es tan extensamente compartido, permite rever el significado del hecho recordado. Me di cuenta, entonces, que la muerte impune y sin razón de uno de sus compañeros de trabajo había constituido para los obreros de Terni (en su mayoría comunistas y socialistas) en una herida insostenible: después de la Resistencia, las victorias electorales, el esfuerzo puesto en la reconstrucción de las casas y las fábricas, pensaban que la ciudad les pertenecía y en cambio descubrían que el Estado podía matarlos sin ninguna consecuencia, que el poder estaba en otra parte y ellos eran impotentes. Así, en 1953, muchos de ellos se manifestaban tanto para defender sus puestos de trabajo como para recuperar la dignidad y la autoestima heridas por el asesinato de Trastulli. En otras palabras: las fuentes orales no servían para saber los

Un trabajo de relación. Observaciones sobre la historia oral.

hechos pero sin esas fuentes no nos habríamos acercado al significado en el plano de la subjetividad.⁸

Lo mismo vale para otra falsa memoria de la que me he ocupado recientemente: aquella según la cual, antes de proceder a la masacre de las Fosas Ardeantinas, los nazis habrían invitado a través de carteles fijados en la ciudad, a que los partisanos que habían realizado el ataque de vía Rasella, se entregaran para evitar la represalia. Como siempre se ha sabido (hasta los actos de los procesos celebrados por los Aliados en 1945) esto nunca sucedió, y por eso ningún historiador se ocupó de un hecho que ocurrió y ocurre hasta hoy, y esto es esa persistente memoria equivocada. Confluyen en ella muchos elementos: las distorsiones y manipulaciones propagandísticas (de la derecha y de algunos influyentes ambientes católicos y de centro); el prejuicio ideológico, que encuentra más satisfactorio echar la culpa de la masacre a los partisanos comunistas y no a los ocupantes nazis; y más en profundidad, la dificultad para el imaginario colectivo de reconocer la lógica que conduce a los nazis a castigar sanguinariamente a la ciudad sin siquiera preocuparse de encontrar a “los culpables”. Pero es precisamente estudiando esta falsa memoria, entretejiéndola con la dinámica de los hechos, que entendemos el peso de las Fosas Ardeantinas y de vía Rasella en el imaginario difundido: el error, la invención, el malentendido, incluso la mentira, especialmente cuando asumen carácter colectivo, se convierten en un preciado indicador de la tarea realizada por importantes procesos históricos que son la memoria y el deseo.

5. No es sólo que la memoria es un acto y un proceso así como un texto y un repertorio, sino también lo es el relato mismo. Como ha escrito el estudioso jesuita Walter J. Ong, la oralidad no produce textos⁹ sino *performances*: en la oralidad no estamos frente a un discurso hecho, pero al realizarse el discurso (para más, de forma dialógica en el caso de la entrevista). Cuando hablamos de fuentes orales, por tanto, debemos usar no sustantivos sino verbos – no *memoria*, sino *recordar*; no *relato*, sino *relatar*. Es también de ese modo que podemos pensar la fuente oral no como un documento del pasado sino como un acto del presente.

Sobre todo cuando miramos el acto y no sólo el producto, nos damos cuenta que recordar y contar son actos intensamente influenciados por el contexto histórico y por los

⁸ A. PORTELLI *L'uccisione di Luigi Trastulli: la memoria e l'evento*. Terni, Amministrazioni Provinciali, 1999.

⁹ W. J. ONG *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*. London and New York, Methuen, 1982, pp. 10-15.

marcos sociales de la memoria, ¹⁰ pero finalmente filtrados por la responsabilidad individual: es en la mente del individuo que procesa la memoria, es a través de su palabra que se comunica. De esto deriva, entonces, que cada vez los narradores asumen la responsabilidad y el compromiso de sus palabras. Recuerdo un muchacho hebreo que rechazó un sándwich de jamón antes de una entrevista diciendo “en otro momento lo hubiera comido, pero ésta es una *mitzvah*” – un precepto, una misión. La palabra “testimonio” vuelve, así, con un sentido totalmente más próximo a lo religioso que a lo jurídico: “Yo hice una promesa cuando estaba en el campo (de Bergen Belsen), hice una promesa solemne a mis cincuenta compañeros... Yo me rebelaba, no sabía si imprecicar a Dios o rezarle, decía Señor sálvame, sálvame, porque yo debo volver y contar”¹¹ Pero contar depende también, como muestra la experiencia de tantos veteranos de los campos de exterminio, de la existencia de alguien que escuche: está bien tenerlo en cuenta, para afianzar la responsabilidad del historiador como escuchador y la del narrador como testificante de darle sentido a aquello que hacemos.

6. Finalmente, la relación entre la oralidad y la escritura. La forma de la *performance* del narrador es aquella del diálogo y el relato; la forma del texto escrito del historiador es la del ensayo y el monólogo. Es fundamental, entonces, que en la presentación de los resultados de un trabajo de historia oral se pueda dejar una huella del origen dialógico y narrativo de nuestros materiales. También para esto, y no por mera especulación documental, los historiadores orales usan citar más ampliamente las fuentes propias y recurren a editarlas más de lo que se hace en general en la historiografía, y más de lo que lo hacen otras disciplinas como la antropología o la sociología.

Pero hay algo más: la extensión de las citas busca salvar la polisemia y la apertura de la forma narrativa, siempre sujeta a una multiplicidad de interpretaciones porque está atravesada por la ambigüedad y la complejidad: en la distinción delineada por Auerbach entre la lógica de Atenas y la narratividad de Jerusalén, los historiadores orales están más próximos a Jerusalén aunque sin olvidar su propia responsabilidad a Atenas. Por eso no se sustraen al compromiso de interpretar las propias fuentes, sino que en el traerlas ampliamente ofrecen al lector los materiales para una lectura integral o alternativa y dejan espacio para las autointerpretación de los narradores.

¹⁰ M. HALBWACHS *La mémoire collective*. Paris, Presses Universitaires de France, 1968.

¹¹ SETTIMIA SPIZZICHINO, cit. in A. Portelli, *L'ordine è già stato eseguito*, cit., p. 16.

Un trabajo de relación. Observaciones sobre la historia oral.

La oralidad no es simplemente un vehículo de la información sino también un componente de su significado. La forma dialógica y la forma narrativa que caracterizan a las fuentes orales llevan la densidad y complejidad del lenguaje, que ya sea en el tono, en la inflexión, manifiesta la historia y la identidad de quien habla, y entretiene y acumula significados más allá de las intenciones y de la conciencia del que habla.

Quisiera dar dos ejemplos. El primero vuelve a la investigación sobre la memoria de los estudiantes de mi facultad, durante la ocupación de 1990. Uno de los entrevistados contó que la primera noche en que hizo vigilancia recorriendo el edificio, “nos detuvimos a mirar las estrellas que tomamos por dos aviones (que viajaban en formación) no porque hayamos visto estas dos estrellas que estaban siempre a la misma distancia, parecía que se moviesen, porque en realidad era una nube que se movía.” Sólo más tarde, mirando mejor, se dieron cuenta que “esos no son dos aeroplanos, son dos estrellas”. Para el narrador el episodio era solamente una “historia de ordinaria locura”, un signo de la escasa lucidez de ese momento. Pero no es difícil ver en esa nueva percepción de las cosas que se mueven en el cielo, también la relación de que hay una cultura de una generación entre el imaginario tecnológico y el impulso utópico, se reproduce en los otros dos grandes símbolos de ese movimiento: la tecnología y en su incierto equilibrio entre la solicitud de modernización y la eficiencia de la institución universitaria, y la utopía de su transformación en una comunidad igualitaria del saber. Sólo que esta complejidad no se expresaba en forma analítica sino comprimida en una metáfora, tampoco completamente controlada por el narrador, pero sí cargada de sentido al ser relatada.

El otro ejemplo refiere una experiencia en una pequeña iglesia fundamentalista de Harlan, Kentucky. Es uno de los territorios más pobres, marginales, ecológicamente masacrados de los Estados Unidos; los fieles eran una diez personas, casi todos con ropas de trabajo y la mayoría analfabetos o semianalfabetos en grado apenas de leer la Biblia. Sobre el altar aparecía una frase: “There’s better place to go” (Hay un lugar mejor adónde ir) Más tarde la predicadora laica Lydia Surgener explicó que una tarjeta como esa estaba dentro del féretro de su madre. En esta frase está la esencia de una religión emocional fundamentalista que desprecia este mundo y pone todas las expectativas en un mundo mejor. Pero después escucho el testimonio (en sentido religioso) de otro fiel, Brother Miller, que habla de su historia de emigración y usa continuamente metáforas automovilísticas – y me viene a la mente que “un lugar mejor” son los lugares donde tantos de ellos son emigrantes en busca de otra vida: Chicago, Baltimore, Cincinnati. Y se me ocurre que la tarde anterior participé en una reunión familiar en la que Lydia Surgener y sus parientes hablaban de la lucha contra la destrucción de árboles y el patrimonio

hidrogeológico de su valle - y luego "un lugar mejor" también puede ser Harlan mismo, transformado por su acción social. Es decir, en aquella breve frase están todas las alternativas que se ofrecen a estas personas: la religiosidad arcaica de la resignación, la solución personal (pero también masiva) de la emigración, la modernidad radical de la lucha social. También allí, Lydia Surgener, sus vecinos y sus parientes formularían esta idea en términos analíticos y explícitos como yo lo hago aquí. Una vez más lo han hecho mejor: han logrado comprimirla dentro de una imagen y una frase.

7. Un lugar mejor: de todos modos, un sueño, un deseo (una certeza para quién tiene la fe). Con frecuencia este deseo de un mundo mejor toma la forma de narraciones contrafactuales – la ucronía, que es al tiempo como la utopía al espacio: tendremos un mundo mejor si... Aquellas que me son más familiares son las ucronías revolucionarias: tendríamos un mundo mejor si en 1921 hubiésemos hecho la revolución después de las tomas de las fábricas... si hubiéramos resistido el 8 de septiembre... si no nos hubieran hecho suspender esa huelga ¹² Pero también es una ucronía el relato contrafactual sobre las Fosas Ardeatinas: no se hubiera producido la masacre si los partisanos hubieran sido apresados... Cada vez, el relato ucrónico contrafactual imagina el giro que falta, o el giro equivocado en el curso de la historia e implícitamente emite un juicio de condena o desilusión sobre la historia real, sobre el mundo como ha sido y como es. Y nos hace comprender qué pensamientos, con qué visiones y sueños de mundos posibles, las personas con quienes hablamos han cruzado el tiempo de su vida e historia.

Traducción Mariela Canali

¹² ID., "Uchronic Dreams: Working-Class Memory and Possible Worlds," in *The Death of Luigi Trastulli*, cit., pp. 99-116.

Un trabajo de relación. Observaciones sobre la historia oral.